

La responsabilidad

Alejandro Jesús Robles Ramírez

UACJ-CAM-UPNECH

ORCID: 0000-0002-4560-9501

Martha Viridiana Zúñiga Martínez

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

CUANDO ALGUIEN TRABAJA DENTRO DEL ÁREA DE EDUCACIÓN, está en constante proceso de reflexión sobre lo que se hace en la intervención. Pero, independientemente de qué tanta experiencia se tenga, estudios, conocimiento y, en general, herramientas, siempre hay algo que persiste y que nunca dejará de estar presente en la vida laboral de estos profesionistas, la incertidumbre; ésta, en el ámbito de la educación especial, se incrementa aún más.

El docente mantiene la incertidumbre sobre su quehacer, dada la naturaleza de la educación, puede ser entendida desde diversas aristas: incertidumbres sobre los resultados, metodologías utilizadas o que se usarán, y si están o no alineadas o acorde con las necesidades individuales de los estudiantes.

Incluso, una misma temática puede verse influenciada por cuestiones tan sublimes como la hora que se muestra, el tópico en sí mismo, el docente, el propio aprendiente (si comió, durmió bien o se medicó, entre otras cosas), factores socioculturales (economía, familia, compañeros), etc. Es a través de la evaluación continua formativa, desde la propia práctica reflexiva recursiva del docente, al considerar al estudiante, indagando sobre qué funcionó óptimamente y qué no; buscará los porqués de esto, para definir cómo mejorar e innovar su propia práctica.

Dicho lo anterior, la práctica educativa, sobre todo en el ámbito de la educación especial, se caracteriza por una constante búsqueda de soluciones adaptadas a las necesidades de cada estudiante. Sin embargo, esta búsqueda se encuentra inevitablemente acompañada de dudas. A pesar de los avances en investigación y de la amplia gama de herramientas y recursos disponibles, los profesionales de educación especial se enfrentan a un sinnúmero de interrogantes que ponen a prueba



su capacidad de tomar decisiones para adaptarse a situaciones cambiantes.

La incertidumbre en la educación especial se manifiesta de diversas formas. En primer lugar, existe la incertidumbre inherente a la naturaleza misma de las necesidades educativas específicas, ya que cada estudiante es único y presenta una combinación particular de fortalezas y áreas de oportunidad que hacen difícil predecir su evolución y respuesta a las intervenciones educativas. En segundo lugar, la incertidumbre se relaciona con la elección y adaptación metodológicas, por lo que la amplia variedad de enfoques y técnicas disponibles, junto con la constante evolución del campo, dificultan la selección de la estrategia más adecuada para cada caso. Por último, existe una incertidumbre sobre la alineación de las intervenciones con las necesidades individuales de los estudiantes; identificarlas, adaptar los currículos y materiales educativos de manera efectiva, es un desafío constante.

Las causas de todo lo anterior son múltiples y complejas. Por un lado, se encuentran los factores internos, como la falta de confianza en las propias capacidades, el miedo al fracaso y la presión por obtener resultados inmediatos. Por otro lado, existen factores externos como la diversidad de las necesidades educativas, la escasez de recursos y los cambios constantes en las políticas educativas. Sumado a lo anterior, en algunas ocasiones el

avance del educando puede ser limitado, sin dejar de lado que este usualmente difiere en comparación con las expectativas de los sujetos que viven y conviven con el niño, niña, adolescente (familiares, amistades, la institución y su personal). Aún y cuando se les explique que el avance sea paulatino; y que en poco tiempo se puede retroceder al punto de inicio por no seguir estimulando o trabajando con las directrices pautadas para el desarrollo del sujeto o, incluso, tras un periodo vacacional, pueden ejercer presión.

Las consecuencias de la incertidumbre pueden ser significativas tanto para el profesional como para el estudiante. A nivel personal, la incertidumbre puede generar estrés, ansiedad y desmotivación. A nivel profesional, puede dificultar la toma de decisiones, limitar la creatividad y afectar la calidad de las intervenciones. Para el estudiante, puede traducirse en una sensación de frustración, desmotivación y falta de confianza en sus propias capacidades.

Sin embargo, la incertidumbre no debe ser vista únicamente como un obstáculo, sino también como una oportunidad para el crecimiento y el aprendizaje. Aceptarla como parte inherente de la profesión y desarrollar estrategias para enfrentarla es fundamental para ofrecer una educación de calidad y excelencia a todos los estudiantes. Algunas de estas estrategias incluyen: el desarrollo profesional continuo, colaboración con otros agentes educativos y especialistas, innovación constante



de la propia práctica, reflexión crítica, creatividad y pensamiento complejo de los procesos educativos.

El autocuidado del terapeuta sin duda es un punto importante para definir estrategias dedicadas a cada persona en esta profesión; para el abordaje del estrés y la manera de intervención. Cuando un terapeuta se siente bien consigo, genera mayor confianza y certeza en la atención actuando con un estándar mayor y una disminución del sentimiento de incertidumbre.

Otro aspecto de mucha relevancia es la familia. La incertidumbre sobre la efectividad de las terapias debido a los resultados y avances de éstas, no suelen ser lineales ni rápidos, lo cual implica que las familiares se pregunten si la intervención adecuada a las necesidades del menor. Actualmente, estamos acostumbrados a la inmediatez, se esperan resultados palpables en un corto tiempo, tomando en cuenta que no en todos los casos es posible, debido a aspectos menos visibles por la familia, por lo cual se debe establecer metas claras y mantener con ella una comunicación para evitar incertidumbre.

Además, la inseguridad puede partir de pensamientos de aprobación por el menor, es decir, la forma de reaccionar ante las actividades, si son de su gusto o interés y que se esté cumpliendo con los objetivos. Cada niño es único, por lo cual se buscan acciones acordes con las necesidades e intereses, pero no saber si esto será de beneficio genera

miedo o preocupación para el terapeuta.

La actitud del usuario es fundamental para responder ante los quehaceres propuestos, si no reacciona de forma positiva, no se verán reflejados los avances; por ello, existe una intranquilidad constante que rodea las herramientas y circunstancias diarias del menor que influyen en su desempeño físico y emocional que, al mismo tiempo, repercute en sus procesos cognitivos y en el aprovechamiento de la intervención.

A pesar de la incertidumbre inherente a la educación especial, es fundamental mantener una actitud proactiva y optimista. Al reconocer y comprender las múltiples variables que influyen en el proceso educativo, los profesionales pueden desarrollar estrategias para minimizar su impacto y maximizar el aprendizaje de sus estudiantes. La colaboración entre docentes, familias, especialistas y la comunidad educativa es clave para construir un entorno de apoyo y enriquecimiento que permita a los estudiantes alcanzar su máximo potencial; sin negar que la inseguridad puede ser un desafío, también es una oportunidad para innovar, crecer y transformar la educación especial. Del mismo modo, este proceso es un campo fértil para la investigación. Al explorar nuevas metodologías, evaluar la eficacia de las intervenciones y compartir los resultados con la comunidad educativa, podemos avanzar hacia una práctica cada vez más



fundamentada en la evidencia. Lo anterior en predisposición y sintonía con la formación continua; es esencial para mantenerse actualizado sobre los últimos avances del área y desarrollar las competencias necesarias para enfrentar los desafíos del día a día.

Con todo lo anterior y a manera de conclusión, la incertidumbre en la educación especial es un desafío inherente a la diversidad de procesos de aprendizaje. Docentes y familias enfrentan la complejidad de elegir las estrategias más adecuadas, la falta de certezas sobre los resultados a corto, mediano y largo plazo, junto a la presión social por obtener avances —que generalmente se piden rápi-

dos—. Sin embargo, esto también representa una oportunidad para crecer y aprender. La colaboración entre docentes, familias y especialistas, la formación continua, la investigación, la adaptación de los currículos y el fomento de la inclusión son elementos clave para superar estos desafíos. Es fundamental mantener una comunicación abierta, honesta con las familias, establecer metas realistas, empoderar a los estudiantes y visibilizar los éxitos. Al hacerlo, podemos construir un futuro más inclusivo y equitativo para todos, fomentando la esperanza y demostrando que con esfuerzo y dedicación es posible lograr grandes avances.



Enrique Samaniego, *Alientos*, 2024.

